



BUSCANDO LA PUERTA DEL OLIMPO

JCSS

El rey siempre se había sentido atraído por aquel monte. En los constantes viajes entre Toledo y Valladolid, cuando las imponentes montañas aparecían poco a poco en el horizonte, bajando la cuesta de los pinares de Cenicientos, un pensamiento se desenroscaba en su mente invadiendo poco a poco su corazón mientras escuchaba claramente las palabras: AQUÍ ES.

Parecía estar oyendo la voz de su padre aquel día de otoño: ‘Felipe, este lugar es único, quédate aquí. No lo olvides. Yo me voy, como Osiris, camino del oeste, pero tú DEBES quedarte aquí. También se lo he dicho a tu hermanastro, pero él no quiere hacerme caso, sólo tiene sangre en el cerebro. Hablé con el superior del monasterio hace unos años. No aparté la mirada de sus ojos mientras le preguntaba por mi abuela y por aquellos que están allí enterrados... Me dijo la verdad. Le costó caro. Al poco tiempo el monasterio quedó envuelto en las llamas. Mis buenos dineros, y espero que los tuyos, costará financiar la reconstrucción...’

Sí. Su padre tenía razón pero... todo lo que tenía de buen guerrero no lo tenía de diplomático. Había que ser muy sibilino cuando se trataba de actuar y más cuando ELLOS les pisaban los talones. El mismo incendio tenía que haber servido para quitarle las ganas, pero... Él no caería en la misma zanja. Todo había empezado 1.500 años antes y su endiablada bisabuela la Católica había sabido verlo cuando las guerras de sucesión, 100 años atrás.

Isabel, su bisabuela, sabía que tenía muy difícil conseguir ser reina. Sólo un milagro podía convencer a su hermano y pasar por encima de su hermanastra y de la nobleza castellana, que era la que realmente mandaba en Castilla. Fue en un retiro espiritual en el monasterio, mientras rezaba para que no se consumara su matrimonio con Pedro Girón, maestre de la Orden de Calatrava, cuando un agradable e indiscreto caballero de la orden le contó una historia que a su vez había leído en un texto depositado en la biblioteca del monasterio que su orden tenía en Uclés. El texto era, a su vez, una copia de un original en el que un caballero templario, que terminó sus días allí, hablaba sobre un lugar ‘diabólico’ que pertenecía a la villa de Cebros, en las tierras en las que Ávila limitaba con Toledo, en el estrecho paso que el Alberche habría entre los montes carpetanos. El nombre del pueblo, lejos de hacer referencia al asno zebón, recogía los ecos de un lugar donde los antiguos carpetanos creían que existía una puerta al mismísimo infierno, guardada por el terrible Can Cerbero. Más aún, para quien pisaba aquel lugar, su vida sufría un giro radical. Isabel fue para pedir a los cielos que no llegara a consumarse el matrimonio. Su prometido murió en el viaje. Desde ese momento supo que tenía que volver si quería ser reina. Y así fue.

‘Ah, la vieja bisabuela, ¡qué truhana!’, pensó Felipe mientras se acercaba poco a poco. Pero la reina no murió con su ‘secreto’. Se lo transmitió a su hija Juana, la Loca, antes de convertirse en esposa de su abuelo Felipe. A la muerte de éste, en su locura y, recordando las palabras de su madre, quiso resucitarlo. Volvió a Cebros... pero... en mitad de su locura, no supo recordar el sitio exacto que marcaba la puerta al infierno. Su hijo, mi padre, el gran emperador, Carlos, fue más listo. Lo primero que hizo fue buscar aquel lugar del que su madre tanto le había hablado. Sabía perfectamente dónde podrían informarle. Dirigió sus pasos al monasterio e intentó contactar con alguien que estuviera en el ‘secreto’. Fue fácil, se

dio cuenta que, lejos de perderse, éste iba transmitiéndose entre ‘determinados’ monjes. Consiguió todo lo que a un humano puede la divinidad dar sin caer en la *hybris*. Cuando creyó que llegaba el final de sus días, con un puñado de monjes ‘conjurados’ de aquel monasterio carpetano, se retiró a otro monasterio, cerca de otra de las bocas de entrada al infierno...

‘¡Ah, ya ves padre!’, pensó Felipe mientras se acercaba al monasterio, ‘¡cuán distintas son ahora las cosas!’. Desde que su padre habló con él y le transmitió el ‘secreto’, tenía por costumbre acercarse todas las semanas santas. Esta vez se había traído a su hermanastro y a Juan Bautista. Su ‘majestad católica me llaman’, pensó mientras miraba como la bruma iba despejando. Sí, pero de otro catolicismo, del auténtico, el de sus antepasados, el que había atraído a los Mesías a estas tierras. Él era, por derecho propio, ‘guardián del Grial’. Como sus antepasados en Egipto, como sus antepasados antes de ir a Egipto ¿Qué sabría el resto de la gente? Uff, esta Semana Santa del año del Señor de 1563, ¡cuántas cosas por realizar!

Los muros del monasterio se percibían débilmente iluminados los tenues rayos de sol. También Juan Bautista los había descubierto porque le dedicó esa mirada tan especial y que a él le gustaba tanto. Nadie les podría comprender. Es él el que le transmitió el ceremonial. Nunca se lo preguntó pero, con casi total seguridad, fue en Roma donde lo debió aprender. Roma, la gran puta, la madre de todas las perversiones. Y aquel arquitecto sodomita...

Le gustaba pasear desnudo por el campo, descalzo, sintiendo la humedad y el rocío en los pies. Los frailes no preguntaban, al contrario, acostumbrados como estaban a ver, oír y callar, con su silencio sancionaban el ritual de su rey. Montañas, piedras, agua, tumbas y... aquellos ‘hermanos’ que tanto y tan bien le conocían. Era el camino para llegar al Grial, a la montaña sagrada, a Munsalvatge, al Castillo del Rey Pescador. La sal la había mandado traer desde Ciempozuelos. Estaría allí. Y si no fuera así, rodaría alguna que otra cabeza. El betún lo mandaban directamente del norte de África. Y el oro...

Su bisabuela había llegado allí y allí habían jurado con su hermano un pacto, por el honor de aquel que estaba enterrado junto a los toros, en aquel remoto rincón de la antigua Kallaetia. 1.000 años después, la gente no había olvidado. El tampoco debía olvidar. Si la gente supiera cual era la cuna real del cristianismo...

Las obras iniciadas por su padre, el Emperador, no habían terminado. Le gustaba aquel aire renacentista que Juan Bautista había intentado transmitir. Y algo más, conociéndole. La piedra era su pasión, su vida, de la que sacaba esa energía que tanto le gustaba y le tenía fascinado. Por eso le había traído. Los frailes jerónimos se alegrarían de verle. También aprovecharía el viaje para comprar el Queixigal. Había ordenado a Fray Juan de Huete que dispusiera de todo para la compra. Las obras del palacio tenían que empezar inmediatamente ya que quería que su hermana se retirara a aquel maravilloso lugar lo antes posible. Había pensado en Juan de Herrera para levantarlo. ‘Juan está celoso de Juan’ pensó mientras el carruaje subía la cuesta al monasterio, había que tenerle ocupado.

No, no se quedaría aquí, en eso no podía complacer a su padre. Su espíritu sí, pero su cuerpo no. Demasiado cerca del 'secreto'. El vigilaría desde la Jerusalén que se haría realidad al pie del Abantos.

Ya en su estancia del monasterio, después de la comida frugal que le tenían reservada, se retiró a su habitación del monasterio. Era una celda sencilla pero con una buen cama provista de un buen colchón de lana. Nunca entendió por qué su padre no le nombró emperador. Al dividir el Imperio le había cortado el paso hacia la Italia del Norte. Si hubiera tenido el control sobre el norte de Italia, junto con Nápoles y sus estados del sur, la pinza sobre el Papa hubiera sido total. Génova, Milán y Venecia podrían respirar. Y Venecia era la llave del Mediterráneo oriental. Al recostarse sobre el blando y cálido colchón, se fue durmiendo pensando en que el viernes vestiría su hábito de Jerónimo y se dirigiría al monte con Juan Bautista. Entrarían en la cueva y luego bajarían a honrar a la única persona que supo vivir conforme a los dictados del sentimiento más sublime. Y allí se desnudarían para cumplir la danza ritual ante su tumba para terminar purificando sus cuerpos en aquel riachuelo sagrado, cuyas aguas habían sido veneradas desde que la energía de la creación se manifestó. Él era el último guardián del secreto.

π

Llegar a estos confines de la provincia era muy costoso, sobre todo si viajaba desde el norte, aunque lo hiciera con la mente. Entre las llanuras del norte y las llanuras del sur estaban los montes, y en medio de los montes, un río verde como la esmeralda que su imaginación descubría de la misma manera que si viajara en aquel caballo blanco que su padre le regaló el día de su mayoría de edad. Él había nacido en aquellas tierras celtas de la antigua Kallaetia y en aquellas tierras le gustaría reposar para siempre. Allí había sido realmente feliz.

Quizá aquella felicidad la estaba magnificando porque sabía perfectamente que de aquella encerrona a la que se dirigía nunca saldría. La situación le había absorbido como un remolino del viento cálido del verano. Y él había decidido dejarse llevar hasta... el final. Porque aquel final era el principio de una vida que siempre había buscado pero que la realidad le había negado. Por eso le atraía tanto. Lo único que le apenaba profundamente de aquella situación era que estaba arrastrando a sus amigos. Ya les había advertido: 'dejadme ir solo', que no le siguieran. Pero no había conseguido convencerles con la palabra. Sus amigos sufrirían aquel martirio con él. Querían morir con él, lo mismo que habían sido felices viviendo con él. La historia se volvía a repetir, pensó mientras sonreía y se sumergía nuevamente en sus recuerdos. Sí, una leyenda que él convertiría otra vez en realidad.

Había crecido entre los últimos hombres sabios de la religión de sus antepasados que habían huido tiempo atrás ante la presión de unos romanos y de los que se decían seguidores de un profeta judío. Las cuevas de esos montes habían sido su refugio y su hogar. Él se sintió fascinado desde el principio por aquellos hombres que supieron conservar la sabiduría de sus ancestros. Su padre, un Prisco de recia estirpe militar romana, nunca vio con buenos ojos aquella amistad, pero su madre, una hispana de puras raíces celtas... sólo con acordarse de su sonrisa...

Sus recuerdos servían para procurarle calor en aquella fría y húmeda celda. 'Prisco, hijo', en su mente se depositaron aquellas tristes escenas que traían consigo la cara y la voz de su padre. Nunca supo lo que llegó a quererle pese a aquellas palabras que temía tanto escuchar: 'Prisco, hijo, ha llegado la hora de que emprendas tu carrera militar'. ¡Cómo no temerlas! Sabía que tarde o temprano llegarían. 'Mi padre, y su padre antes que él, y su padre... y todos nuestros gloriosos antepasados, cuyos retratos adornan nuestra entrada, se educaron en el ejército imperial'. Sus piernas se debilitaron ante las duras palabras de su padre. No pudo contestarle, gritarle que él no quería, que esa vida no era para él. Salió corriendo y dejó a su venerable padre con la palabra en la boca. Mientras cruzaba la habitación en busca de la puerta creyó percibir la sombra de su madre. Sabía perfectamente que no estaba de acuerdo con aquello...

Montó en su caballo blanco y se dirigió al monte, a las cuevas, buscando a aquel hombre sabio que había sido su verdadero maestro durante años. Fue él el que le dirigió hacia la roca. En el idioma materno, que todavía se hablaba en aquellas montañas, le contó aquella historia tan rara. ¿Por qué no lo había hecho antes? Gran secreto debía de ser aquel que había guardado tan celosamente durante años. Le señaló la inmensa mole con el dedo. Y fue.

Cuando regresó a su casa, a una luna entera desde que salió de ella, se topó con su madre. Era evidente que lo estaba esperando. También era evidente que había hablado con su padre.

‘Priscilio, hijo, tú padre quiere hablar contigo’. Su madre siempre utilizaba el diminutivo. Sus dulces palabras fueron acompañadas de un beso. Desde aquel instante supo que la opinión de su padre se había alterado... pero no tanto como a él le hubiera gustado... en aquel momento. Su padre, sin saberlo, le había abierto la puerta que le llevaría... al cielo.

Hasta aquella lúgubre mazmorra, en la que ahora estaba esperando lo irremediable, llegó el calor del sol de aquel viaje en barco por el norte de África hasta las tierras del grano y del gran río. En Alejandría le esperaba una rama de la familia de su padre, herederos, según ellos, de los antiguos comerciantes griegos e hispanos, que comerciaba con Roma numerosos productos agrícolas y manufacturados. Era una familia noble y adinerada, y lo que era más importante, sumamente culta. En Alejandría había una pasión por el conocimiento que se remontaba a muchos miles de años. Pero eso lo fue descubriendo poco a poco.

¡Qué tiempos más felices!, pensó mientras miraba al vacío de unas paredes que rezumaban humedad y pestilencia. Podía aprender el oficio mientras se dedicaba a lo que más le gustaba en este mundo: conocer. Egipto era el país del conocimiento milenario. Visitó el oráculo de Siwa, inicio de la ruta de la sal, que tantos beneficios reportaba a su familia. Estuvo en Sais, famosa por su templo dedicado a Isis, buscando en su biblioteca todo lo relativo a sus antepasados hispanos. Remontando el Nilo llegó a la antigua Heliópolis, frente a la isla sagrada custodiada por los dos leones. Allí aprendió a leer en las paredes del templo de la Montaña Sagrada y allí sintió por primera vez cómo su cuerpo se transformaba en un espíritu libre para viajar en el tiempo y en el espacio. En Menfis aprendió de los sacerdotes la meditación, muy similar a la que le enseñaron los viejos eremitas carpetanos, y a crear utilizando la palabra, como el dios Path lo había hecho para crear el mundo y al hombre. ¡Cuántas cosas tendría que hacer cuando regresara a su tierra!

Aprovechando que el Nilo bajaba su nivel, navegó aguas arriba hasta la ciudad santa de Tebas, cuna de faraones y de dioses. Tebas terminó de transformarle por completo. Aquellos montes que sirvieron para alojar las tumbas de los antiguos reyes y reinas de Egipto, eran utilizados por cientos de eremitas para extraer de la tierra el conocimiento que daba luz a su vida y reposo a los espíritus en busca de aquella paz que todos, consciente o inconscientemente buscamos.

¿Por qué volvió?, ahora, en la oscuridad de aquella mazmorra, no pudo darse una respuesta. Nada había salido como él había soñado que iba a salir. El mundo no estaba preparado, y quizá no lo estuviera nunca porque quizá nadie lo deseara con tanta intensidad como para recrearlo. O quizá el que nunca estuvo preparado fuera él.

A medida que pasaba el tiempo, era más notoria su división interior, fruto de lo que había conocido y aprendido. Deseaba volver, hacer partícipe a todos de su conocimiento pero, al mismo tiempo, era consciente de que le faltaba aún mucho por aprender. Un día, desgarrado interiormente por aquel dilema, mientras paseaba por las resacas montañas tebanas, el cielo empezó a descargar agua con suma virulencia. Buscando cobijo frente al agua y los rayos, entró en una pequeña cueva. Seguramente Seth, el oscuro, en su sabiduría, abrió los cielos para que pudiera encontrar a aquel eremita que tanto influyó en la toma de su decisión. Solo se dio cuenta de que había alguien más en la covacha cuando un relámpago la iluminó por

dentro. Pese a la brevedad de la luz, distinguió una figura sentada, apoyada en la pared más profunda. Sus ojos se cruzaron. El no era como los demás, no era un desarrapado barbudo y melencólico, como el resto. Al contrario, estaba perfectamente aseado. Nunca supo exactamente cuánto tiempo permaneció con él. Cuando volvió a cruzar el gran río se encontró a sus criados que, inquietos por la desaparición, habían dado parte a la autoridad. Incluso habían escrito a su familia de Hispania. No le quedaba más remedio que regresar a Alejandría. Volvió con una pequeña caja, con una rosa grabada en la tapa. Dentro, todo un mundo. Y de allí zarpó de regreso a su casa.

Desembarcó en Valentia, que era el puerto más cercano al solar de sus antepasados maternos, su primera parada en aquel camino de regreso desde la oscuridad hacia la luz. Allí se detuvo hasta que los que nunca se mostraban salieron de las entrañas de la tierra y le mostraron algo que sólo ellos podían transmitir, el conocimiento que había detrás de la piedra. Sólo le quedaba un último paso, el más difícil, el gran secreto que se escondía tras la montaña, el río y el valle: la tumba.

Entonces fue cuando la realidad tuvo una curiosa manera de anudar las acciones de su vida. ¡Cuántas veces había pasado por allí en su juventud sin apenas detenerse! Los toros marcaban antiguos límites tribales en el camino que comunicaba el norte con el sur. Y algo más. Tan cerca de aquella montaña donde había ido tiempo atrás para intentar cambiar su vida... ‘Viejos recuerdos’, pensó, ‘tan viejos como el recuerdo de la voz de mi padre... de la cara de mi madre, y de la desesperación que producía una vida que no quería vivir’. La punzada dolorosa de aquellos grilletes oxidados le devolvió bruscamente a la realidad. No le importa demasiado, estaba acostumbrado. El dolor se disipó cuando el recuerdo se abrió paso al igual que lo hizo aquel rayo de sol en aquel brumoso día de otoño. Por fin pudo entender las palabras de aquel maestro que le antecedió en su peregrinaje. Y la luz volvió a manifestarse.

Pero aquellos cerrados y oscuros obispos, no estaban dispuestos a perder su papel hegemónico, ni el Papa ni el Emperador. Fue entonces cuando decidió empezar su nuevo peregrinaje, tenía que alejarse como fuera de aquel lugar, de la tumba y de la luz. Era su secreto y nadie se lo arrancararía.

Primero fue Roma, luego las Galias... hasta terminar en aquella remota ciudad. Sabía perfectamente cuál iba a ser su destino. Por eso habló con Dictinio y le hizo jurar que su cuerpo y su espíritu descansarían junto a aquel que había logrado desentrañar por primera vez el significado final de la palabra amor. Y así, en el calor de ese pensamiento, se abandonó por última vez a la vida.



¡Mira que me han dicho mil veces que no tropiece dos veces en la misma piedra! ¡Señor! ¡Estos malditos aldeanos se cachondean de todo! Ahora les ha dado por el tema de las sandalias. ¡Les choca que use sandalias! Dicen que es de señoritos... de ceporros que no conocen estas tierras. ¡Ja! ¿Ceporro yo? Hoy las sandalias, ayer el vestido de lino, otro día el sombrero para el sol. ¡Qué es lo que le pasa a esta gente que no puede vivir sin meterse con los forasteros! Me dicen que no soy de estas tierras, que estas tierras son frías, que esto no son las tierras del sol de las que procedo. ¡Pues sí, tienen razón! ¡O no, qué porras, yo SÍ que SOY de estas tierras, yo SÍ que puedo decirlo con orgullo! A saber ellos...

No entiendo cómo he podido terminar AQUÍ. Aún así, les quiero.

Pero era mi destino, el destino de mi pueblo, porque siempre hay que volver al origen si quieres avanzar en el presente. Si no fuera por mi tío... Mi tío, siempre mi tío detrás de todo, dirigiendo mi vida. ¿Por qué? Ese viejo zorro sabía más de lo que contaba. Yo era feliz en aquellas tierras, pero él erre que erre, que dejase Galilea, que eligiera entre un puerto fenicio o un puerto egipcio. ¿Egipcio? Toda aquella tierra era, es y será egipcia, y quien lo niegue no tiene ni idea. Y esta que ahora piso también, es la tierra de mis antepasados, pese a que me cueste aceptarlo viéndoles como les veo. Los nacionalismos son malos y no dudan en transformar la verdad para conseguir sus propósitos, que no son otros que los del poder. Barajé varias posibilidades, los puertos de Tiro o Sidón, al norte. El viaje por mar siguiendo la ruta del norte era más seguro y más corto, por lo menos en teoría. Los vientos casi siempre eran favorables. Pero existía otra opción, desde los puertos del delta del Gran Río partían varias rutas, pero todas seguían la costa de los libios, al sur del gran mar. Elegí esta última. Los vientos casi nunca eran favorables, pero... volver a Alejandría era más de mi agrado. De su puerto había partido más de una vez en las naves de mi tío, siguiendo el camino del sol, hacia las tierras del frío y de la lluvia. La ruta del ocaso fue la misma que eligió mi antepasado Jonás, y también Jeptri, o como también lo llaman mis compadres, Osiris.

Brrr... este frío invernal... ¿Pero es que aquí existe el verano? Me acuerdo de aquellas tardes, paseando por la orilla del mar interior, con mis amigos y con mis amigas. Sí, los aldeanos de aquí tienen razón, allí no hacía falta cubrir las piernas para combatir el frío. Aquí sí. Adaptarse o morir, dejar atrás las cosas queridas puede ser doloroso algunas veces pero... más doloroso es arrastrar el fardo de la vida a la espalda cuando los recuerdos suponen un lastre. Yo me hubiera quedado a gusto allí, entre mi gente, pero mi tío... ¿Y por qué le llamo tío, vamos a ver, si no tenía ningún parentesco con mi familia? Mi familia era pobre... bueno, no tan pobre, pero él era un gran comerciante, tenía muchos barcos con los que comerciaba por todo el mundo conocido. Aunque mis padres le trataban como un familiar más, nunca me aclararon del todo ese tema. Tampoco desmintieron lo que Él siempre decía: Somos una gran familia, siempre fuimos una gran familia, una familia que se remontaba... Al principio creí que eran las típicas batallitas de una persona mayor... Sí, al principio pensaba eso.

Por eso estoy aquí, por eso... y por algo más... que no logro comprender. Tendría que haber acabado en algún puerto del norte, de los muchos en los que recalé en mi juventud cuando hacíamos la ruta del estaño. Era lo más lógico si seguía a pies juntillas las indicaciones de mi

señor tío, pero NO... ¿Cómo una familia de navieros ilustres puede tener relación alguna con este maldito y condenado lugar apartado del mundo conocido?

La llaman Sefarad, mis antepasados la llaman Sefarad y algunos TRSW, pero en realidad todo es una derivación del innombrable nombre de nuestra vieja patria, la que todavía vive y coletea por los fondos marinos. Muchas veces me pregunto qué hago yo tan lejos de un puerto de mar. Según dicen, las tierras llanas del norte y del sur estuvieron sumergidas hace mucho tiempo, antes de que se levantaran por el choque entre ambas. ¿Las tierras pueden moverse y chocar entre sí? Ellos, dicen que sí, que nada permanece inmóvil, que todo lo que percibimos es pura apariencia. Y yo me pregunto, ¿y ellos, cómo lo saben? También dicen que estos montes son la herida de una gran batalla, la que tuvo lugar entre los Titanes y los Olímpicos. Yo creo que se confunden y mezclan la realidad con la fantasía. Dicen, también, que hasta aquí llegaron los hijos de Pompeyo peleándose con los seguidores del gran Caesar de los romanos, no hace tanto tiempo. Ahora que lo pienso, ¿cómo es que llegaron aquí, a este lugar tan apartado?

Pero, ¿y si fuera medio verdad aquella batalla entre los dioses del Otris y los del Olimpo? Sinceramente, podría creerme todo de estas tierras, y si viera a Atlas sujetando el mundo o a Deméter saliendo del reino de Hades para visitar a su madre, me lo creería a pies juntillas. Este el ombligo del mundo.

¿Y qué tiene esto que ver con el amor? ¿Por qué tuve que venir yo aquí?

Eso, buena pregunta, buena pregunta. Y caer en el olvido... toda mi vida caerá en el olvido... ¿y qué me importa a mí, me tendría que importar? No, al final todos somos el sueño de una verdad que permanece oculta. La belleza de nuestro mundo, sus miserias, sus alegrías, todo es un gran teatro que fabricamos a la mayor gloria de algo que desconocemos. Me cuesta creer que todo lo que podemos ver es así: las montañas, el cielo, las estrellas, el sol, la luna, mi madre, mi padre...

Entonces, ¿por qué motivo vivimos? Alguien, el creador, tiene que ser griego, seguro, los griegos siempre están experimentando, son matemáticos, físicos, astrólogos... ellos saben las leyes por las que nos gobernamos, por eso inventaron la democracia, para intentar llegar al orden. Todo es un camino infinito, sin un inicio y un fin. El camino no es importante. ¿Qué es lo realmente importante? Si miro hacia atrás, si soy sincero, tengo que empezar por lo más básico: los recuerdos. Son un tesoro para el corazón. ¿Por qué? Por los sentimientos que llevan pegados. Curiosa asociación entre ambos. Sin embargo nunca he oído hablar a los griegos de algo tan evidente. Por mucho que lo creamos, no estamos solos, nunca estamos solos, no hay nada que permanezca aislado en el universo. Por lo menos hay dos cosas, lo que es, lo que vemos, y lo que no vemos y lo acompaña. Ambas van juntas.

¿Y cómo pueden ir juntas? Porque yo las junto, soy como un cocinero que utiliza los ingredientes. Mis recuerdos, mis acciones, mis sentimientos. ¿Por qué elegimos el odio o la envidia o la fuerza? Muchas veces nos lo preguntábamos en Galilea... por miedo, por tratar de sobrevivir, por querer imponernos, por creer que somos más de lo que somos.

Nunca hemos explorado el camino del amor. ¿Qué podría pasar si asocio el monte al amor? ¿Nada? Rara cocina. Siempre creímos que son los actos los que deben ser producto del amor. Sí, pero no debemos quedarnos en eso. En esta nueva cocina, todo es susceptible de ser cocinado con amor.

¿Y dónde nos conducirá eso?

Me gustan esos toros que tengo delante. Y aquel monte que veo a lo lejos, en el camino hacia el norte. Tienen que estar conectados de alguna manera. ¿Amará la tierra también? Eso es suponer que es como yo, que es capaz de cocinar. No me extraña nada que los antiguos la vieran como una mujer, a veces madre y a veces madrastra. ¿Eso quiere decir que no ama? Creo que eso lo único que quiere decir es que está esperando a que yo la ame, como si fuera otra persona más.

Pues mira, ahora que lo pienso, esos toros podrían servir para mi tumba. Eso... si Dios me concede el reposo, porque a este paso...

¡Qué coño, con lo joven que todavía soy! En cuanto mi tío se despiste, en cuanto termine de hacer lo que me ha traído a estas tierras, en cuanto lleguen mis amigos, me encaminaré hacia el norte. Sé que están cerca... lo presiento... La de cosas que tengo que contarles... No me van a creer, van a pensar que estoy loco. Me va a costar convencerles...

